

CAPITULO LIV.

GUERRA DE LA FRANCIA É ITALIA COALIGADAS CONTRA EL AUSTRIA. — RELACIONES DE AQUELLA PARA CON LOS INTERESES DE LA SANTA SILLA.

Las declamaciones de Cavour en el congreso de París y las diplomáticas complacencias de la Francia respecto á la política piemontesa, confeccionaron una nube amenazadora que impidió á la Europa gozar de un limpio y sereno firmamento despues de la paz que puso término á la guerra de Oriente. El fin de aquella guerra no fue sino el preámbulo de otra. La Francia, en su anhelo de ser reconocida por la protectora sin rival del derecho, habia sentado que existia un derecho italiano conculcado, lo que equivalia á intimar al Soberano del reino lombardo-véneto que se acercaba el dia en que seria llamado á cuentas por el emperador Napoleon.

Grandes, imponentes preparativos se hicieron en los dos imperios, el austriaco y el francés, desde que se formularon los protocolos del Congreso de París; empezándose, mientras las armas se aprestaban, la guerra diplomática.

La incertidumbre sobre el éxito de una guerra alarma siempre á los políticos; por esto preceden á las tremendas declaraciones de guerra generosos esfuerzos de las naciones neutrales por su posicion ó intereses. La guerra de la Francia é Italia contra el Austria habia de llevar el gérmen de graves y trascendentales acontecimientos; de ahí que las primeras potencias de Europa patrocinaran la idea de discutir pacíficamente en un congreso las delicadas cuestiones que iban á derramar tanta sangre y á producir tantos desórdenes.

Francia quizá se hubiera resignado á ensayar el recurso de un congreso, empero Viena y Turin preferian batirse á discutir. Los piemonteses comprendian que no siempre se les ofreceria la grata ocasion de una alianza ofensiva con el imperio, y sabian que sola seria derrotada cuantas veces al campo se presentara.

«Es imposible den resultado las deliberaciones de las grandes potencias, decia la *Gaceta de Viena*, antes de que se apague la hoguera encendida en Italia por el conde de Cavour. Mientras aquel permanezca en el poder y sea cabeza de Italia, todo lo que se intente será trabajo perdido. Su relevo seria el primer paso de una cordial inteligencia, y en este caso seria necesario que la Cerdeña suspendiera los armamentos y reparara sus faltas revolucionarias. Despues de esto podríamos discutir tranquilamente en un congreso.

«El Austria, cuya política en Italia no ha sido jamás un secreto, no vacilará en dar las explicaciones que se le pidan. Los Estados secundarios de la Italia, como todos los Estados secundarios del mundo, necesitan un apoyo. Si este les falta se encuentran en la situacion de los Estados de la América del Sur. La posicion del Austria le impone el deber de proteger los Estados secundarios de la Italia. Los tratados particulares aseguran á estos la proteccion del Austria de la misma manera que la Confederacion germánica garantiza la proteccion á los Estados secundarios de Alemania; por esta razon la Inglaterra protege á Portugal, sin que nadie tenga nada que decir.»

Por otra parte el Papa, por medio del cardenal Antonelli, ministro de Estado, se apresuró á declarar que no se sentia dispuesto á reconocer en un congreso político el derecho de arreglar los asuntos interiores del Estado pontificio.

Y así debia ser. Los diplomáticos congregados para el arreglo de los asuntos europeos hubieran debido deliberar en una atmósfera ya de antemano infeccionada; pues, el mismo Napoleon habia publicado, por órgano de uno de sus mas íntimos adherentes, un folleto, que en aquellos dias movió extraordinario ruido, con el título de *Napoleon III y la Italia*, en el que se dejaban traslucir los atrevidos planes de radicales transformaciones que abrigaba el César francés respecto á los dominios y hasta á la Soberanía pontificia.

Y puesto que la alta procedencia de las ideas emitidas en el citado opúsculo le imprimieron toda la importancia de un documento político, cuyas miras se han realizado desgraciadamente, natural es que nos ocupemos algo de él, pues en el mismo se marca el carácter de las relaciones de la guerra contra Austria con la suerte de la soberanía temporal del Papa.

Empezaba el folleto lamentándose del sufrimiento de la Italia «oprimida por fuerzas extranjeran», sentábase la necesidad de poner fin á la situacion violenta de los Estados italianos, para lo cual juzgábase indispensable la anexion de la Venecia y de la Lombardia al Piemonte, la secularizacion de la administracion pontificia, y el establecimiento de una confederacion de todos los Estados de la península italiana presidida por el Papa.

El lenguaje de aquel opúsculo era obsequioso respecto á la Santa Sede y acre al referirse á lo que se llamaba revolucion, como si no tuvieran el carácter del mayor revolucionarismo las medidas propuestas por el Emperador, bien que de incógnito.

«El Papa, decia aquel opúsculo, se encuentra colocado entre el cumplimiento de dos deberes, y forzado á sacrificar uno de los dos; y como es natural, el deber político es siempre por él sacrificado en aras del deber religioso, posicion creada no por Pro IX, sino por el sistema pontificio; no por el hombre, sino por la situacion, puesto que la situacion impone al hombre la terrible alternativa de inmolar el príncipe al pontífice, ó el pontífice al príncipe.»

El folleto apologiaba la idea de una confederacion italiana con Roma secu-

larizada, y teniendo al Papa por presidente honorario de los príncipes confederados. Veía el incógnito pero augusto autor, que «el prestigio de la autoridad pontificia brillaría con mayor esplendor al verse libre de los compromisos inherentes á un gobierno temporal activo.» Creía que el Pontífice se vería mas reverenciado «después de haber firmado su incapacidad y la del clero para administrar y regir al pueblo,» según frase de un controversista católico.

No es extraño que en vista del giro que tomaban los asuntos europeos, y para acallar á los que, partiendo de la supuesta impopularidad del Gobierno pontificio, le acusaban de no poder permanecer sin el auxilio de las armas extranjeras, diese Pio IX una prueba de virilidad gubernamental y política declarando á las potencias, que podemos calificar de interventoras, que se creía bastante seguro entregándose y confiándose en el amor de sus súbditos, y por lo tanto, que vería hasta con gusto retirarse de Roma el cuerpo expedicionario francés. El fin, el móvil, el sentido de la solicitud de Pio IX para que se retiraran entonces las tropas extranjeras del territorio romano lo explicó Su Santidad al Colegio de cardenales el día 1.º de marzo de 1859: «Siento, dijo, que algunos periódicos me atribuyan intenciones y palabras incompatibles con mi carácter de Soberano Pontífice. No he ceñido seguramente la espada de Josué ni la de Gedeon; ni he podido decir lo que algunos pretenden haya dicho, esto es, que me sentía bastante fuerte para defenderme, como lo hubiera asegurado cualquier príncipe seglar y belicoso. Vicario de JESUCRISTO, sé perfectamente que mi carácter es el de la paz; si solicito la retirada de las guarniciones extranjeras es por el temor de que la presencia de estas tropas en algunos puntos de la Iglesia, pueda servir de ocasion ó de pretexto para un conflicto capaz de encender la guerra entre las potencias. Por lo demás, confío plenamente en la bondad de mi causa, en la proteccion de Dios y en los pacíficos sentimientos de la poblacion.»

Pio IX comprendía las amarguras que le esperaban y las complicaciones que la agitacion diplomática iba creando. Aquel mismo día visitó la iglesia de San Pedro y San Marcelino, y al mirar el milagroso Crucifijo que conservan en aquel edificio las religiosas Carmelitas, exclamó conmovido: *Abba Pater! omnia tibi possibilía sunt; transfer à me hunc calicem; sed non quod ego volo, sed quod tu* (1).

Veía el cáliz lleno de hiel que el Ángel emisario de la Providencia le ofrecía; veíale y le saludaba; comprendía cuanta era su amargura y la aceptaba. No tardó en llegar la declaracion de guerra.

La cristiandad recibió con mucha zozobra su noticia. El instinto mismo revelaba que sus resoluciones afectarían el modo de ser del Pontificado en sus relaciones con los Gobiernos. El triunfo del Piamonte era el de las ideas de Cavour, esto es, el de la secularizacion de los Estados pontificios, el del destronamiento del Papa, el de todas las arriesgadas disposiciones sostenidas en el congreso de París.

La declaracion de guerra fue interpretada por los romanos, que participaban del espíritu de rebeldía infundido por los agentes del Piamonte, como un hecho que les garantizaba la libertad de manifestacion política. Así es que después de la bendicion solemne dada por el Papa en la fiesta pascual, las

(1) En aquel mismo día visitó Su Santidad el hospital de San Juan de Letran, y como observara el cadáver de una mujer pobre que acababa de exhalar el último suspiro, detúvose ante él y recitó los responsos y preces *pro defuncta* con admirable edificacion y humildad.

turbas empezaron á vitoriar al conde de Grammont y al general Goyon, es decir, á los representantes de la Francia aliada del Piamonte. El marqués de Azeglio, que entonces residía en Roma, era el director de aquella tumultuaria escena, contra la que el General en jefe de las fuerzas francesas creyó deber protestar, como en efecto enérgicamente protestó; en la órden del día 26 de abril de 1859, decía el conde de Goyon: «Acaban de verificarse algunas manifestaciones pacíficas, pero públicas; sea cual fuere nuestra simpatía por los sentimientos que ellas revelan, no podemos permitir su repetición. Toda manifestacion pública es una perturbacion del órden, y cualesquiera que sean sus móviles y su bandera obliga siempre á tomar medidas desagradables para los que sufren sus consecuencias... Mi deber, como á jefe de la fuerza pública, es el de auxiliar á nuestro venerable y venerado Pontífice, secundando su Gobierno para que pueda mantener el órden y hacer observar la ley...»

Tristes síntomas eran estos de lo que acontecería el día de la victoria del Piamonte. La zozobra de los católicos estaba plenamente justificada por las agitaciones de Roma, y el *Abba Pater* de Pio IX obtenía eco conmovedor en el corazón de todos los fieles hijos de la Iglesia.

La Romanía abandonada por los austríacos, á causa del cuerpo de ejército francés mandado por el príncipe Napoleon, dieron rienda suelta á las masas turbulentas y proclamaron la dictadura de Víctor Manuel en sustitucion del Gobierno paternal de Pio IX. Los soldados piamonteses tomaron posesion de aquellas provincias pontificias. ¿Por qué el Emperador, en vez de permitir que las armas piamontesas ocupasen los puestos abandonados, no envió allí sus soldados, quienes, menos apasionados por la causa italiana y por lo tanto mas imparciales, hubieran sin resistencia alguna cedido á su tiempo los ocupados puestos? ¿Por qué los soldados del príncipe Napoleon, esto es, del cuerpo que tenía por mision vigilar los movimientos del ejército austríaco de ocupacion, no fueron los que, cumpliendo su consigna aparente, llenaran las vacantes por los austríacos dejadas? ¡Ah, terrible es la responsabilidad que ante Dios y ante la historia contrajo el Emperador francés!

En el secreto de los Gabinetes se había trazado un plan, del que el público no veía mas que los preliminares; empero, la política napoleónica iba preparando todos los detalles y episodios, cuyo resultado final ha sido desastroso para el Soberano Pontífice, para Napoleon, para la Francia, para el Austria y para toda la Europa meridional.

De todos modos, el primer fruto de la guerra para Víctor Manuel fue posesionarse de la Romanía, sin que contra aquel acto viniera la protesta del Emperador, que se decía protector de la causa pontificia.

Semejante síntoma acrecentó la alarma de los católicos, los cuales por la prensa y por todos los medios que á mano la ley les ponía revelaron la congoja que les embargaba.

L'Ami de la Religion como *L'Univers* se hallaban de acuerdo en la apreciacion de la gravedad de los acontecimientos y echaban en cara á Napoleon III lo solapado de su política y el poco celo en procurar la conservacion de los intereses de la Iglesia. Era tan profunda la mella causada en los ánimos del católico pueblo francés por los elocuentes artículos de la prensa religiosa, que el Gobierno se vió en la precision de pasar á *L'Ami de la Religion* un comunicado oficial, que copiamos en esta historia por descubrirse en él las in-

tenciones y aviesos proyectos de la política imperial, al paso que el maquiavélico tacto con que procuraba templar la susceptibilidad de los católicos y adormecerlos, para efectuar con mayor desembarazo la premeditada y calculada expoliación.

«*L'Ami de la Religion*, decía el comunicado, en su número del 16 de junio atribuye á la proclama del Emperador al pueblo italiano los recientes movimientos insurreccionales de la Romanía; esta apreciación no es leal ni seria. Mas, como quiera que parece relacionada con la táctica observada por varios periódicos y podría contribuir sin duda á engañar á muchos, se hace necesaria una rectificación.

«La proclama del Emperador, sellada por la alta moderación que es la invariable regla de su política, no ha hecho llamamiento sino al patriotismo y á la disciplina del pueblo italiano; ha repudiado todo intento de *un sistema preconcebido de desposeer los soberanos*.

«Por otra parte el Emperador ha reconocido formalmente la neutralidad de los Estados de la Iglesia.

«Basta recordar esta declaración para esclarecer la opinión pública hasta al punto de poder juzgar por sí misma cuán reprensibles son las insinuaciones que tienden á propagar la idea de que la Francia quiere conmovir la autoridad política del Padre Santo, que diez años atrás ella levantó, y que todavía permanece bajo la égida respetuosa de sus armas.»

Naturalmente el Episcopado francés participaba de la alarma y de los temores de la Francia católica, y ya en pastorales fervorosas, en las que se prescribían rogativas para el Padre comun de los fieles, ya en otros documentos doctrinales, en los que se explanaban los derechos de la Iglesia y los graves peligros que corrían, demostraban que la desconfianza iba arraigándose en el ánimo de los pastores. Napoleón III, que nunca desconoció la gravedad de una discordia manifiesta entre el Gobierno y el Episcopado, se apresuró á pedir una circular explicativa de su política.

«Interesa, monseñor, decía en ella, ilustrar al clero sobre las consecuencias de una lucha que se ha hecho inevitable. Mucho se ha comentado, según las pasiones y los diversos intereses, el papel que la Francia va á desempeñar en las actuales circunstancias. El Emperador lo ha meditado ante Dios; y su sabiduría, su energía y su lealtad no defraudarán á la Religion ni al país.

«El Príncipe que ha dado á la Religion tantos testimonios de adhesión y deferencia; el que después de los adversos días de 1848 condujo al Padre Santo al vicariato, es el más firme sosten de la unidad católica, y quiere que el Jefe supremo de la Iglesia sea respetado en todos sus derechos de Soberano temporal. El Príncipe que salvó á la Francia del espíritu demagógico no podría aceptar sus doctrinas ni su dominio en Italia.»

Á esta declaración oficial, el criterio sensato de la Francia contestaba con un argumento insoluble; si la Francia, decían los católicos, no quiere amenazar la autoridad política de la Santa Silla ¿por qué permite que á la sombra misma de sus banderas se proclame la dictadura de Víctor Manuel por la Romanía, que es una de las regiones importantes del Estado pontificio? ¿Es Víctor Manuel dictador de la Romanía contra la voluntad del Emperador? En este caso la Francia recibe una injuria mayor que todas las que ha podido inferirle el Austria. ¿Es Víctor Manuel dictador de la Romanía con el consentimiento

del Imperio? Entonces las seguridades del comunicado oficial á *L'Ami de la Religion* son nada más que el canto de una sirena.

Este modo de arguir es contundente; el Gobierno comprendió el inmenso efecto que producía en la opinión, y por esto trató de borrar las vivas impresiones causadas por aquellos argumentos, insertando en el periódico oficial del imperio, la siguiente declaración.

«Parece que se forman muchos una idea equivocada del carácter que presenta la dictadura de Víctor Manuel ofrecida por todas las partes de la Italia, y que de ella deducen que el Piamonte, sin consultar al voto de las poblaciones ni á las grandes potencias, se propone reunir en un solo Estado á la Italia entera. Semejantes suposiciones están destituidas de fundamento. Las poblaciones libertadas ó abandonadas quieren hacer causa común contra el Austria. Para ello se han puesto bajo la protección del Rey de Cerdeña. Pero la dictadura es un poder puramente temporal, que reuniendo las fuerzas comunes en una misma mano, tiene la ventaja de no prejuzgar ninguna cuestión del porvenir (1).»

Nada tranquilizadora era en el fondo la anterior declaración, que contenía una indicación bastante clara del procedimiento que se adoptaría cuando fuese llegada la oportunidad para constituir un Estado único con todos los Estados temporalmente sujetos á la dictadura de Víctor Manuel.

La idea de la absorción de todos los Estados por el Piamonte no era rechazada; solo se daba la seguridad de que no se llevaría á efecto sin consultar á los pueblos italianos y á los Gabinetes europeos.

Los pueblos más tarde votaron, empero votaron á la sombra misma del dictador; votaron en las urnas sostenidas por los agentes piamonteses; votaron sabiendo que si votaban en pro de sus legítimos soberanos, el intruso dictador anularía sus votaciones y defendería con las armas sus derechos soñados á convertir en monarquía su atrevida dictadura.

Desde la declaración del *Monitor* la causa del pontificado y la de los duques italianos pudo darse por perdida. El imperio se declaraba implícitamente solidario de las injusticias del invasor de la Península, que por otra parte debían hacerle muy mal provecho.

El Papa comprendió las dificultades de su situación, y elevando al cielo los ojos, buscó el auxilio en la cumbre de los montes santos publicando la *enciclica* del 18 de junio de aquel año que nos hemos anticipado á insertar en el anterior capítulo.

Mucha era la tristeza del santo Pontífice al presenciar los escandalosos ejemplos de defección y de deslealtad provocados por la intención del obcegado rey de Cerdeña.

Era el día 16 de junio, aniversario de su advenimiento al trono pontificio, cuando al recibir Pío IX las felicitaciones del sacro colegio, dijo á sus venerables colegas: «Mi corazón reboza de amargura ante los escándalos que se suceden en Italia; *vae homini illi per quem scandalum venit*; pero ya la venganza de Dios cae sobre los autores de la revolución que estalla en mis Estados, con el fin de destruir mi doble Soberanía... Si las piedras preciosas que se hallan incrustadas en mi diadema son otras tantas representaciones de la fidelidad y amor de mis hijos, al verlas desprenderse y caer, debo considerarlas como frágiles ornamentos. Muchos católicos, aun de mis Estados, me abando-

(1) *Moniteur universel*, 23 junio de 1859.

nan, y mi corazón está lleno de amargura y de lágrimas; pero los que siembran lágrimas cosecharán alegría. Esta diadema tan pesada, tan dolorosa de llevar, es también símbolo de un poder que viene de lo alto y contra el cual en vano se irritan los hombres.»

A una comisión de eclesiásticos que fue á visitarle en aquellos días, dijo con la franqueza que le caracteriza: «El Papa está tranquilo, pero el hombre no es una columna de granito; por esto yo sufro.»

Dos días después de haberse Su Santidad dirigido á los preladados del mundo católico, invitándoles á la oración, celebró un consistorio secreto en el que historió ante los venerables Cardenales la triste historia de aquellos días en lo referente á la violenta usurpación de una notable parte de sus dominios.

Como JESUCRISTO á la vista de Jerusalem lloró un día sobre ella recordándole el cariño que le había profesado y las muestras de afecto que se había complacido en darle, Pío IX lloró especialmente sobre Bolonia; «ciudad, dijo, que habiendo sido objeto de los beneficios de nuestra paternal benevolencia y liberalidad, cuando dos años atrás fuimos á visitarla, no dejó de manifestar y dar pruebas de su veneración hácia Nos y esta Sede apostólica.»

Dígasenos si este lenguaje es perfecta imitación del usado por el Redentor cuando decía á Jerusalem: ¡Oh! cuántas veces quise congregar á mi sombra á tus hijos, como la gallina debajo de sus alas congrega á sus polluelos!!! Bolonia como Jerusalem, fue la primera en apedrear á sus Profetas (1).

La alocución de 20 de junio contiene una reseña detallada de aquellos tristes acontecimientos, por lo que la insertamos en este lugar.

Alocución pronunciada por nuestro santísimo padre Pío IX en el consistorio secreto de 20 de junio de 1859.

«Venerables hermanos: Al gravísimo sentimiento que lo propio que á todos los buenos nos ha causado la guerra suscitada entre naciones católicas, se añade la profunda aflicción por el deplorable cambio y desorden que en algunas provincias de nuestro territorio pontificio ha ocurrido por la mala influencia y sacrilega osadía de hombres impíos. Ya comprendéis, venerables hermanos, que os hablamos y lamentamos de la desatentada conjuración de los rebeldes á nuestro sagrado y legítimo gobierno civil y el de esta Santa Sede, de la rebelión que algunos hombres astutos y residentes en las propias provincias nuestras no han vacilado en fraguar, fomentar y poner en práctica no solo en clandestinas y reprobadas reuniones, si que también por medio de vergonzosos acuerdos tomados con habitantes de los países limítrofes, ya valiéndose de calumniosos y fraudulentos libelos, ya apelando á las armas extranjeras, ó haciendo uso de cualesquiera fraudes y perversas artes. Y no podemos menos de sentir profundamente que semejante conjuración fatal haya empezado en nuestra ciudad de Bolonia, que habiendo sido objeto de los beneficios de nuestra paternal benevolencia y liberalidad cuando dos años atrás fuimos á visitarla, no dejó de manifestar y dar pruebas de su veneración hácia Nos y esta Sede apostólica. El día 12 de este mes, luego que las tropas austríacas abandonaron impensadamente la ciudad de Bolonia, sin pérdida de tiempo varios hombres conjurados y por demás osados, conculcando todos los

(1) En otro capítulo hemos visto las extraordinarias pruebas de afecto dadas por Pío IX á Bolonia cuando su excursión venturosa por sus Estados.

derechos divinos y humanos y dando libre rienda á la perversidad, no repararon en promover un tumulto, y armar, reunir y hacer avanzar á la guardia urbana, y entrar en el palacio de nuestro Cardenal legado, y allí después de arrancar el escudo de las armas pontificias desplegaron y fijaron en su lugar la bandera de la revolución, con grande indignación y estremecimiento de los ciudadanos honrados que no temían reprobado semejante desafuero y declararse en favor de Nos y de nuestro Gobierno pontificio. Luego los mismos revolucionarios propusieron á nuestro Cardenal legado que se marchase, quien cumpliendo con su obligación no dejó de resistir á tan depravados intentos, y de sostener y defender nuestra dignidad y los derechos de esta Santa Sede. Y á tal punto llevaron su maldad é impudencia los rebeldes, que no vacilaron en cambiar el Gobierno y pedir la dictadura del Rey de Cerdeña, y con este motivo enviar sus respectivos comisionados á dicho Rey. Así, pues, no pudiendo nuestro legado impedir tantos desafueros, ni presenciarlos y sufrirlos por mas tiempo, de palabra y por escrito protestó solemnemente contra todo lo que los revolucionarios habían hecho contra nuestros derechos y los de esta Santa Sede, y precisado á salir de Bolonia se dirigió á Ferrara.

«Los reprobables acontecimientos de Bolonia se han reproducido con condiciones análogas en Ravena y Perusa y en otros puntos por hombres sediciosos y con profundo sentimiento de todos los buenos, porque no temían que nuestras tropas pontificias, siendo pocas en número, pudiesen reprimir sus impetus y resistir á su furor y osadía. En su consecuencia, en las propias ciudades se ha visto conculcada por los revolucionarios la autoridad de las leyes divinas y humanas, y rechazado el supremo poder temporal nuestro y de esta Santa Sede, y dada al viento la bandera de la revolución, y removido el legítimo Gobierno pontificio, y solicitada la dictadura del Rey de Cerdeña, y nuestros delegados ó inducidos ú obligados á partir después de protestar públicamente, y por último se han cometido otros muchos actos de rebelión.

«Nadie ignora, empero, lo que esperan siempre con avidez esos audaces enemigos del gobierno temporal de la Sede apostólica, lo que quieren, lo que desean, lo que codician. Todos saben en verdad que por disposición especial de la divina Providencia entre la multitud y diversidad de los príncipes temporales también la Iglesia de Roma ha tenido su gobierno temporal, merced al que el romano Pontífice, supremo Pastor de toda la Iglesia, sin estar sujeto á ningún príncipe, puede ejercer la suprema potestad de apacentar y regir todo el rebaño del Señor, y desempeñar con entera libertad por todo el mundo la autoridad del mismo JESUCRISTO nuestro Señor, y al propio tiempo propagar con mayor facilidad la Religión divina, y atender á las diferentes necesidades de los fieles, y dar los oportunos auxilios á los necesitados y practicar todos los demás bienes que conozca mas convenientes y útiles á todo el pueblo cristiano. Así, pues, los enemigos de los dominios temporales de la Iglesia romana procuran invadir, menguar y destruir el principado temporal de la misma Iglesia y del romano Pontífice, conservado por cierta protección celestial, y por la antigua posesión que data de muchos siglos, y por un justísimo y legítimo derecho, y tenido y defendido siempre como sagrado y respetado patrimonio de san Pedro por comun consentimiento de todos los pueblos y príncipes católicos; y procuran destruirlo para que despojada de su patrimonio la Iglesia romana, puedan deprimir y pisotear la dignidad y majestad de la Sede apostólica y del romano Pontífice, y causar con mayor li-